

UNA VISITA DE D. MIGUEL DE UNAMUNO A LAS ESCUELAS DEL AVE MARIA DE GRANADA

por JUAN A. CABEZAS.

España había seguido con simpatía no disimulada la marcha de la obra regeneradora que, en un rincón de Granada, venía desarrollando el P. Manjón. En el momento histórico que nos ocupa —6 de septiembre de 1903— ya está plenamente consolidada, estructurada y madurada. Las Escuelas del Avemaría han llegado a ser para españoles y extranjeros lugar obligado de peregrinación pedagógica ¹, como en otros tiempos lo fueron los lugares de Stanz, Burgdorf e Iverdum, en Suiza, desde donde otro excelente «ingeniero de almas» —así solía llamar Stalin a los pedagogos—, Enrique Pestalozzi, había llamado poderosamente la atención de Europa con la creación y organización de sus inmortales escuelas.

Don Miguel de Unamuno, por estas fechas, está muy interesado por los temas educacionales. A tales materias lleva ya dedicadas no pocas páginas de sus escritos ². Era el tema de moda. El propio D. Miguel nos lo indica, cuando al presentar y comentar para los españoles, el año 1902, la obra del pedagogo argentino C. O. Bunge, *El espíritu de la educación*, aparecida en Buenos Aires el año anterior, escribe: «A su valor intrínseco aúna otro de ocasión y es el de ser de grandísima actualidad en España, donde hemos dado en la flor de hablar y escribir acerca de asuntos edu-

1. «Si os dijera que España os mira, escribía Manjón a sus colaboradores, diría un h'pérbole, pero no una mentira; pues Obispos, Ministros, Senadores, Diputados, Consejeros, Magistrados, Gobernadores; Catedráticos; Profesores y toda clase de gente; y de toda clase de ideas y partidos, y de todas las provincias de España, y aún del extranjero, se dignan honrar con su presencia estas pobres Escuelas». *Pensamiento del Avemaría y Modos de Enseñar*, Ed. Nac., p. 171.

2. Serán suficientes los títulos de ensayos como: *El Maestro Carrasqueda*, *Educación*, *La juventud intelectual española*, *La enseñanza del latín en España*, y como testimonio especial de este interés unamuniano por la educación, cabe destacar que el asunto de su primera gran novela *Amor y Pedagogía*, publicada el 1902, es netamente educacional.

cacionales». Y añade: «Que hay algo de moda en ello, no cabe duda»³. Pero este interés, conviene advertirlo, no era tan sólo nacional, como el citado texto pudiera hacer creer. Se trata de un interés, llamémosle internacional. Y fruto de este fervor y entusiasmo colectivos por la educación es: la *Ecole Nouvelle* o la *Progressive School* que está apareciendo simultáneamente en Suiza, Bélgica, Italia, Francia, Alemania, España, Inglaterra y América del Norte. Están comenzando a funcionar los nuevos centros de investigación pedagógica y se crean organismos de tipo internacional como el Bureau International des Ecoles Nouvelles (B. I. E. N.) de Ginebra, fundado el 1899 por los psicopedagogos Claparède y Ferrière, con el fin de agrupar y poner en contacto los esfuerzos de todos los educadores por la renovación de la escuela. Cuando los hombres de la generación de Unamuno y sus inmediatos predecesores: Joaquín Costa o Macías Picavea, en aquel análisis feroz que hacen de la realidad nacional, encuentran que «educar es la primera y pudiéramos decir la única necesidad de nuestros días», e indican unánimemente la escuela como la palanca de fuerza, el órgano vital de la regeneración nacional, no son más que ecos de la gran conciencia de un mundo que, por vez primera en la Historia, tiene plena conciencia del papel salvífico que juega la educación en la vida de los individuos y en la historia de los pueblos.

Se explican así los enormes deseos del Rector de Salamanca por conocer de cerca la persona de uno de los educadores más eminentes del momento. De su obra tenía óptimas referencias y alguna noticia directa. El 6 de julio, D. Miguel, acompañado de D. Luis Maldonado, Fernández Ocampo, Ramón Barco, Juan Francisco Romero y otros amigos, se desplaza a Villavieja de Yeltes con el fin de asistir a los exámenes de final de curso —1900-1901— del Colegio Avemariano de niñas. A juzgar por las palabras, que pronunció al final del acto de distribución de premios, D. Miguel debió quedar altamente impresionado por la meritoria labor de renovación que estaba llevando a cabo la escuela recién fundada⁴.

A D. Andrés personalmente no le conocía. Cuando el 28 de agosto de 1901, el P. Manjón se presentó en Salamanca, procedente de Asturias, con el objeto de asistir a la inauguración del segundo curso del Colegio de niñas

3. MIGUEL DE UNAMUNO, *Dignidad humana* (Espasa-Calpe, 1944), p. 100.

4. Del discurso de D. Miguel no se conservan más que fragmentos: «¿Y qué premio daremos a la señora profesora? Porque *las niñas lo tienen muy merecido*, pero más aún quien las puso en condiciones de merecerlo. A falta de otro mejor, sívala de premio mi enhorabuena extensiva a los fundadores por el hermoso pensamiento que han realizado... *Villavieja sin decir: Marchemos, ha comenzado a marchar por la senda del progreso*».

Este Colegio fue fundado por D. Andrés Manjón —el 14 de agosto de 1900— en mutua inteligencia con el médico D. Dionisio —buen amigo de D. Miguel— y el Párroco de Villavieja.

de Villavieja, y fundar otro para niños en la misma localidad, D. Miguel se encontraba ausente de Salamanca. Acompañaron hasta Villavieja al ilustre pedagogo amigos de D. Miguel como Luis Maldonado, Salvador Cuesta, catedráticos de la Facultad de Derecho, D. Toribio Cáceres, profesor de la Escuela de Caminos, D. Angel Vázquez de Parga redactor del *El Lábaro*, y el director de *El Adelanto*, señor Caballero ⁵. D. Luis Maldonado refirió por carta a D. Miguel la gratisima impresión que el P. Manjón había causado en todos los acompañantes. Unamuno lamentó no haber podido encontrarse en Salamanca, y con tales noticias se avivaron sus deseos de conocer de cerca al genial pedagogo.

D. Andrés, por su parte, conocía también por referencias al Rector de Salamanca, y aunque no era hombre muy dado a lecturas, es probable que hasta hubiera leído alguno que otro de sus ensayos. En el momento del encuentro los dos están sobre el candelero de España. Manjón, desde luego, goza de un prestigio verdaderamente nacional ⁶. Unamuno es bastante más joven —39 y 57 años respectivamente—, pero ya es tenido como uno de los mayores pioneros del pensamiento español, saludado y escuchado como el más autorizado representante de los hombres jóvenes de su generación. Entre estos dos hombres, ideológicamente tan dispares, encontramos un raro y sorprendente parecido temperamental: Ambos poseen una *originalísima, atrayente e influenciadora personalidad*.

Hombres tan eminentes como el Dr. Olóriz, en presencia de Manjón, se encuentran cohibidos como niños delante de su maestro: «Lo saludé al principio algo aturdido, lo seguí después sugestionado por un *encanto indefinible* de que no se da él cuenta y que cautiva en su favor las voluntades... Acaso la grandeza de la figura moral de D. Andrés Manjón *absorbía de tal modo mis facultades*, que el tiempo que pasé a su lado me queda la impresión de algo inmenso, sublime, inexplicable, pero muy superior a cuanto yo he sentido jamás junto a ningún otro hombre» ⁷. Son *muy suyos, muy independientes*: «Nosotros no adulamos ni servimos para ello —escribe Manjón refiriéndose al Estado—, *no hemos nacido para esclavos ni para tiranos*, y donde vemos la verdad desconocida y la justicia violada, allí estamos para defenderlas» ⁸. «Sé tú, tú mismo único e insustituible»

5. «El Adelanto», Jueves, 29 de agosto de 1901.

6. Está en posesión de toda una serie de condecoraciones: Caballero de la Orden de Carlos III (1896); Hijo Adoptivo de Granada (1896); Hijo Predilecto de Granada (1900); Premio a la Virtud, otorgado por la Real Sociedad Económica del Paps (1900); Consejero de Instrucción Pública (1902); Caballero de la Ordes de Alfonso XII (1903); y el 20 de abril de 1904 S. M. El Rey D. Alfonso XIII, acompañado de los Generales Polavieja, Linares y Pacheco, quiso honrarle visitando personalmente sus Escuelas.

7. D. OLORIZ, *Recuerdos de una visita a la Colina Escolar fundada por D. Andrés Manjón, Catedrático de Derecho en la Universidad de Granada y Canónigo del Sacro-Monte*. Madr'd, 1900, p. 13.

8. A. MANJON, *Pensamiento del Avemaria*. Ed. Nac., t. V, p. 225: «Estoy dispuesto

grita D. Miguel por boca de su don Fulgencio⁹. Los dos sienten en su interior el apetito incoercible del *caudillaje*. Sienten vocación de pedagogos, en el sentido etimológico de esta palabra, de conductores y guías de hombres. Su centro de interés no es el individuo, ni siquiera el grupo, es la entera comunidad, el pueblo; por eso, como dice D. Miguel, su gran deseo es hacer obra «*demagógica*», en el sentido original del término: «Tengo mi cátedra», escribe Unamuno, procuro en ella no sólo enseñar la materia que me está encomendada, sino disciplinar y avivar la mente de mis alumnos, obrar sobre cada uno de ellos, hacer obra pedagógica, pero no desperdicio ocasión de hacerla *demagógica*, de dirigirme ya por la pluma, ya de palabra, a muchedumbres, de predicar que es para lo que acaso siente más vocación y más honda»¹⁰. ¡Qué mal conocen a don Andrés los que no aciertan a ver en él más que al mero desbravador de los gitanos del barrio del Albaicín! Don Andrés, desde Granada, piensa en España, y en las miserias corporales y morales de aquellos niños. Manjón ve las miserias del cuerpo y del alma de España que él sueña remediar; por eso su labor tampoco se reduce a las enseñanzas de sus escuelas y lanza las *Hojas del Avemaría* para dirigirse a las multitudes, para hacer obra *demagógica*, como el Rector de Salamanca. Son *voluntariosos e impregnados de cierta tosquedad y rudeza nativas*. Ambos tuvieron clara conciencia de ello. D. Andrés Manjón dirigiéndose a D. Eugenio Montero Ríos, el eterno obstaculizador de sus planes, dice: «V. E. nació en ciudad, yo en aldea; V. E. en Galicia, con carácter suave y dulce, yo en Cantabria, con *cierta rudeza e inflexibilidad*».

Hombres de Universidad, Manjón y Unamuno sienten una antipatía declarada por el estudio entendido como mera y *desinteresada* búsqueda y contemplación de la verdad; los dos tienen una misma pasión y un mismo e inquietante problema: España. En estos precisos momentos, la crisis de patriotismo, de introversión nacional alcanza su fase más aguda¹¹.

a renunciar a los honores —escribía por estas fechas al entonces Ministro del Fomento con motivo de su nombramiento en el cargo de Consejero de Pública Instrucción—, *antes que borrar lo escrito y dejar de escribir y obrar como pienso y he pensado en toda mi vida*.

9. MIGUEL DE UNAMUNO, *Amor y Pedagogía* (Espasa-Calpe, 1956), p. 79.

10. M. DE UNAMUNO, *Dignidad Humana* (Espasa-Calpe, 1944) p. 100.

11. Con el alma cargada de tristeza escribía el P. Manjón, hacia el año 1902: «Es tal la pena que siento al escribir estas líneas, que quisiera no haber nacido en días tan aciagos, o que Dios me llevara antes que mis ojos vean lo que el corazón presente, la ruina de la Patria». *Las grandes cuestiones vistas desde una escuela*, La Cantábrica, 1902, p. 95. Pocos hombres han dicho y escrito cosas tan duras sobre la situación calamitosa de España como las dijo y escribió Manjón: «Tenemos en casa a extraños que no se hacen *nuestros*, y si hacen suya nuestra riqueza y sus más pingües productos, en forma de compañía, empresas, importación y préstamo; tenemos a las puertas enemigos astutos y tenaces con dos llaves en sus manos para entrar y el propósito de intervenir en nuestros asuntos cuando a sus planes convenga; tenemos como defensa un ejército que de Real Orden ha evacuado la colonias sin pelear apenas, y una marina que

Junto a estas coincidencias que los aproximan, se dan divergencias que los distancian enormemente al uno del otro: Manjón, hombre constitucionalmente «*poyético*», creador y organizador, posee pocas ideas, pero, eso sí, «*ideas madres*», como él mismo las califica, puntos firmes de referencia para su actuación concreta. La actitud manjoniana frente a los grandes problemas de la existencia fue siempre de una coherencia admirable. Manjón es la encarnación viviente del ideal que él quiso realizar mediante la educación en sus educandos, es decir, el hombre que en lo grande como en lo pequeño, en lo privado como en lo público, en lo que exige sacrificio y en lo que no cuesta nada, siempre y en todo es idéntico a sí mismo; por eso D. Andrés se nos presenta como un auténtico educador, rival de las grandes y ejemplares figuras de la Historia oficial de la Pedagogía.

D. Miguel, en cambio, es un «*rompeideas*», un «*ideoclasta*», poco respetuoso con los valores supremos que constituyen el basamento mismo de la existencia individual y social. Carece de esa seguridad y equilibrio imprescindibles a todo aquel que desee acercarse a los hombres para orientarlos y conducirlos. El rasgo mental más acusado del Rector de Salamanca es la duda trágica, angustiosa y la sistemática incoherencia¹². Estos estados anímicos ahogaron en D. Miguel su «*honda vocación*» para la labor pedagógica.

En la mañana del seis de septiembre los dos grandes españoles se conocen y saludan por vez primera en la Cuesta del Chapiz de Granada, en el atrio de las Escuelas del Avemaría. Acompañado por D. Andrés, el ilustre peregrino de la educación española va recorriendo lentamente los distintos *cármenes* de las Escuelas. Los penetrantes e inteligentes ojos de D. Miguel

s'rvitó de blanco inofensivo a los barcos enemigos; tenemos unos políticos que ni de encargo, pues hasta reciben los más conspicuos y gubernamentales, subvenciones por defender y favorecer a empresas extranjeras, tenemos un pueblo ignorante, mil veces engañado, azuzado y explotado para fines bastardos de secta, bando o empresa, y, que, por lo mismo, carece de ideales y en nadie cree y en nadie confía; tenemos una prensa que parece pagada para dividirnos y descatolizarnos; tenemos una tierra esquilada, una industria en mantillas y un comercio ruín y misero; tenemos una desorganización tal y decaimiento en la enseñanza, beneficencia, administración y gobierno que nadie hace más que lo que quiere y todos dejan las cosas caídas del lado que están, sin que se noten energías sociales para sacudir la inmoralidad y el abandono, ni se ven hombres de talla capaces de levantarse dos pulgadas sobre los demás y redimirnos por grado o por fuerza... en educación carecemos de genio nacional y acuden nuestros más pregonados pedagogos a copiar bien o mal del extranjero, y nuestras más distinguidas familias a buscar educadores o centros extraños para sus hijos». *Las grandes cuestiones vistas desde una escuela* (La Cantabria, 1902), pp. 85-98.

12. «¡Y no poder tener fe... no poder tener fe en mi inmortalidad!... *Amor y Pedagogía* (Espasa-Calpe, Madrid, 1956), p. 111.

«Que no te clasifiquen; haz como el zorro, que con el jopo borra sus huellas, despiñales. Sé ilógico a sus ojos hasta que renunciando a clasificarte se digan: es él... ¡El juego! El juego es un esfuerzo por salirse de la lógica, porque *la lógica lleva a la muerte*» (O. c., pp. 79 y 111).

«¡Tolerancia!, ¡hija de la profunda convicción de que no *hay ideas buenas ni malas!*, de que son las intenciones, la fe y no las doctrinas, no el dogma, lo que justifica los actos». *El caballero de la triste figura* (Espasa-Calpe, Madrid, 1944), p. 167.

se posan en todos los minúsculos detalles de aquella originalísima organización escolar: en los relojes incrustados en el pavimento de grandes esferas y toscas agujas de metal, en los sistemas planetarios colgantes de las ramas de un frondoso nogal, en aquellas máximas de hondo contenido patriótico y religioso escritas pulcramente en los muros blancos y en las tapias de cal y ladrillo que separan unos cármenes de otros. Aquí un equipo de niños a la sombra de chumberas y nopales están escenificando algún episodio de la historia nacional; más allá otros empeñados en modelar con sus manos el barro destinado a representar un relieve del mapa geográfico de España; aquéllos buscaban en los jardines hojas y piedras raras para el Museo Escolar de Ciencias Naturales; éstas con la «rayuela» juegan a la Historia de España. Y aquí tiene lugar la primera anécdota de la visita que el propio D. Andrés nos ha conservado en su Diario íntimo¹³.

D. Miguel pregunta a D. Andrés «qué significaba un triángulo que había en la rayuela frente a Isabel II, le dije, que la Masonería que la había destronado y nos impuso la Revolución; y se quedó tragando saliva por un rato»¹³.

La visita ha durado 4 horas. Ahora se dirigen a la sala de visitas porque D. Andrés ha pedido a D. Miguel que antes de abandonar sus Escuelas se digne señalar y apuntar los defectos que haya podido descubrir en la organización y funcionamiento de las mismas. D. Andrés se sale a conversar con sus niños y D. Miguel queda solo sentado frente a la mesa y dispuesto a escribir. Es posible que en estos momentos de calma y de introversión la vista de aquellas escuelas y de aquellos niños alegres como campanas de Pascua evocasen, en su conciencia de hombre adulto, aquellos otros años infantiles transcurridos en la escuela del bueno de D. Higinio, donde aprendió «las primeras lágrimas del arte; bajo su mano rompió su mano a trazar aquellos palotes de que vienen las letras», pero qué diferencia entre aquella «gran buhardilla, con salidas a los tejados»¹⁵; y estos alegres y verdes cármenes de Valparaíso llenos de luz y fragancia de flores, bañados por fuentes cristalinas, poblados de árboles entre los cuales los niños corren y gritan en santa paz y libertad aireando sus pulmones y purificando su sangre. Bajo la impresión de éstos a parecidos

13. La «rayuela» la podíamos definir como un resumen de Historia ideado para ser aprendido con la punta del p'e. El P. Manjón nos ha dejado una descripción del mismo: «Acostumbran jugar los niños de Granada a lo que ellos llaman la rayuela, que es un trazado por el estilo del que aquí se inserta y sobre el cual, saltando en un pie y pegando con la punta de él, una lisa piedra del río, ganan, si la china va de casilla en casilla por el orden establecido, y pierden si la china va por otro lado o el jugador pisa la raya.

Dicen los niños al jugar a la rayuela palabras vacías, de cosas incoherentes; pero pongamos en sus labios hechos y personajes históricos y tendremos la Historia sagrada o profana en juego'. P. MANJÓN, *Pensamiento del Avemaria* (Ed. Nac., 1948), p. 260.

14. A. MANJÓN, *Diario íntimo* (inédito) Día 6 de septiembre de 1902.

15. M. DE UNAMUNO, *Recuerdos de niñez y mocedad*, cap. II.

estados de alma, Unamuno escribe: «Así como el niño no es un hombre reducido, sino un germen de hombre, así las disciplinas que se le transmitan no pueden ser las mismas de los adultos reducidas, no extractos, resúmenes ó índice de ciencias sino gérmenes de ellas. De aquí que en la enseñanza de la historia, v. gr., en vez de un cuadro sinóptico de toda ella, de un resumen de *todos los sucesos principales* (el subrayado es suyo), sea acaso preferible enseñarles unas cuantas biografías de hombres bienhechores de la patria: santos, sabios, héroes. El niño entiende mejor la biografía que la historia de sucesos colectivos y de aquí la ventaja de la historia sagrada. En geografía poniendo otro ejemplo, sin descuidar el esquema de las tierras vastas y amplias, acaso fuera más vivo hacerles levantar el plano del local en que se hallan. Y así todo. Mas estas son consideraciones técnicas que estampo aquí *obligado por la indicación* de D. Andrés de que señale defectos. Defectos que antes de conocer los ajenos harto trabaj otengo que buscar los propios. Mas ya que no defectos apunto reflexiones, acompañadas del necesario adverbio *acaso* (el subrayado es suyo). No es lo mismo pensar en Pedagogía que ejercer el magisterio, escribir que obrar.

De ésta mi visita saco un fruto, y es que a la vista de los niños despierta mi niñez, mi niñez que es la fuente de mis mejores inspiraciones. «Dejad que los niños se acerquen a mí —dijo Jesús—, y añadió: "el que no se hiciere como uno de estos pequeños, no entrará en el reino de Dios". El me dé infancia que no acabe. Mientras escribo estas líneas están cantando los niños y resulta así letra de bocas limpias de las peores inmundicias. Haga Dios que sean siempre mis letras tan puras como esa música»¹⁶.

La crítica unamuniana a la didáctica de las Escuelas del Avemaria nos revela hasta qué punto estaba D. Miguel al corriente de las novísimas direcciones que la Pedagogía estaba tomando. Su crítica está hecha desde los principios más fundamentales y ortodoxos de la llamada «Ecole nouvelle»: diferencia no meramente gradual, sino cualitativa entre el niño y el adulto. El niño no es un «*homunculus*», un hombre reducido, sino un ser «*sui generis*», original, distinto y la consecuencia inmediata en el campo de la didáctica era que métodos que van bien con los adultos resultan inadecuados e ineficientes para el niño. Cierto. Pero todo esto se conocía y practicaba en las Escuelas del Avemaria. «Pretender enseñar a los niños como se suele hacer con los hombres, con libros y discursos, es un absurdo, que supone un desconocimiento de la infancia». Esto lo había escrito D. Andrés el año 1902, a propósito de la enseñanza de la historia, y por esas mismas fechas hablando acerca de la enseñanza de la geografía había

16. *Album de firmas de las Escuelas del Avemaria*, septiembre de 1903.

escrito: «Debe comenzar la Geografía por donde el niño está; que es regla de enseñar ir de lo conocido a lo por conocer»¹⁷. En cuanto a reducir la enseñanza de la historia a «*unas cuantas biografías de bienhechores de la Patria*», es posible que no asintiera D. Andrés porque el niño adquiriría la impresión de que la historia la hacen unos cuantos hombres superiores, y lo que hay que inculcarle y mostrarle es que la historia la hacen *los hombres*, todos los hombres, es obra de todo un pueblo y no de unos cuantos por excelentes que ellos sean.

Con ésto D. Miguel da por finalizada su visita a las Escuelas del Ave-María; pero cuatro horas no han sido suficientes para poder emitir un juicio preciso sobre las mismas, por eso, al despedirse de D. Andrés, le ha prometido volver.

Unamuno descende la cuesta del Chapiz. A sus espaldas quedan unas Escuelas humildemente empeñadas en la gran tarea de la «*palingenesia*», de la regeneración de España. Es una lección viva y ejemplar de patriotismo la que D. Miguel acaba de recibir de D. Andrés: Un ejemplo de cómo una raza degenerada y deshauciada es capaz de salvarse por sí misma. Sus contemporáneos se habían limitado a gritar: «Hay que regenerar, hay que progresar; hay que ponerse al nivel de los restantes pueblos de Europa».

Clamad:

¡Oh, patria, a quien lloramos muerta!
Patria, caída en afrentosas luchas;
patria, si nos escuchas,
álzate erguida en pie: ¡Patria, despierta!

Esto era algo, pero era poco, muy poco. El mismo D. Miguel lo advierte en la glosa a este poema del poeta valenciano Vicente Wenceslao Querol: «Lo malo es que la patria no suele despertarse a la voz de los poetas; mas bien se duerme brezada al arrullo de esa voz. Para despertar a la patria hace falta otra voz que la del poeta»¹⁸.

En este momento histórico de España sobran palabras y faltaban hechos, realizaciones concretas y precisas, que ellos a pesar de su buena voluntad, «de ser y hacer algo importante en la vida de la Patria»¹⁹, no habían hecho; D. Andrés, en cambio, lo ha dado «tales y tan sonceros,

17. D. ANDRÉS MANJÓN, *El pensamiento del Avemaría*, Edit. Naconal, t. V, Madrid, 1948, p. 291.

18. UNAMUNO, *La contemplación vegetativa*, en *De ésto y aquélllo*, t. I, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1950, p. 337.

19. P. LAIN ENTRALGO, *La Generación del Noventa y Ocho*, Colección Austral, Buenos Aires, 1948, p. 90.

que no podían infundir sospechas de ser falsos y tan reales y efectivos que se meten por los ojos».

Por la noche, en el silencio metafísico de su celda de la abadía del Sacro-Monte, el P. Manjón repiensa los acontecimientos de la jornada y a su mente acude la figura de D. Miguel de Unamuno y anota en su *Diario íntimo*: «Día 6 de septiembre de 1903: Unamuno, Rector de Salamanca y escritor un tanto raro y averiado, ha visitado por cuatro horas el Avemaría y me prometió volver. Me ha parecido ilustrado, simpático, no católico, le gusta mucho se hable de él y goza con decir lo contrario de lo que todo el mundo diga».

Gran conocedor de hombres era D. Andrés. Cuatro horas han sido más que suficientes para dejarnos una radiografía perfecta del alma del Rector de Salamanca. El P. Manjón intuyó claramente su natural.